

# SER MUJER REFUGIADA LATINOAMERICANA

Para Marie Langer

El único requisito para convertirse en miembro de cualquiera de los talleres del Centro de Estudios Ecuménicos de la ciudad de México (o de varios si se cuenta con el tiempo para ello) es ser mujer, ser mujer refugiada latinoamericana. Y serlo por razones políticas. No necesariamente porque ellas hayan sufrido persecución, o vejaciones directas, la mitad está aquí porque el marido, el padre, cualquier otro familiar era perseguido político. Y es precisamente para ellas para quien el Centro ha preparado esos talleres, para las que "brillaban a la sombra del marido", para las que viajaron como acompañantes.

Y ahora, en el exilio, estas mujeres han empezado a asumirse, a asumir consciente e implacablemente su identidad de mujeres, de mujeres latinoamericanas refugiadas; ahora comienzan a entender, racionalmente, pero también desde las entrañas, que ellas también, unidas, tienen una parte que desempeñar en el proceso, en los múltiples procesos de estas tierras y estos tiempos nuestros. Que les es perfectamente posible aceptar su rol no elegido de desterradas y convertirlo en uno de mujeres que luchan por los desheredados de la tierra. Que su aquí y ahora y su mañana y su siempre debe ser uno de alerta permanente sobre su condición de mujeres que se niegan a que sus hijas y nietas, de vuelta en el país del que fueron violentamente expulsadas, deban vivir las experiencias que ellas ahora relatan, analizan, comparten.

Es decir, ellas se han puesto en marcha.

No importa de qué país son o si tienen veinte o sesenta años. Lo que las une, lo que las identifica es su ser de mujeres, de mujeres latinoamericanas refugiadas. En todos los talleres el telón de fondo es el mismo: el refugio, el exilio ("El exilio es la enorme avenida por donde camina la tristeza" escribía Otto Rene. Sí, si amigo hermoso, pero también camina y se nutre y se enriquece la esperanza).

Algunas páginas de lo que ocurrió en uno de ellos, en el de Sexualidad, uno de los sábados por la mañana:

Ana María habla por fin, ha estado silenciosa, no ha perdido un sólo detalle de lo que ocurre, de lo que se dice, de cómo y cuando se dice. Es evidente que todo lo que las demás han contado la vulnera, la cimbra; ha escuchado respetuosa, inteligente, atenta; la calidez colectiva, sin presionarla, la ha impulsado a hablar. Poco a poco nos va contando que en su cultura indígena el pudor en la mujer es esencial, básico, que la mujer, por ejemplo, jamás debe sentarse con las piernas abiertas. Que alguna vez, de niña, pese

a que se lo habían dicho muchas veces, descuidó el detalle y se sentó de esa manera. Su padre indignado, para corregirla, de inmediato la amenazó con ensartarle un leño que ardía, entre las piernas.

Silvia contó que a los diecisiete, por primera vez, se le permitió salir con un chico; fueron al cine, veían una película francesa; ella estaba fascinada de observar cómo la pareja hacía el amor pues la música era hermosa, el decorado sugerente, las sábanas parecían volar, danzando, y todo se insinuaba solamente. Ella y el joven observaban arrobados, sin tocarse, por supuesto, ni siquiera las manos. Al terminar la película el chico le hizo una señal para que mirara hacia atrás; al voltear, Silvia se encontró con la mirada furiosa de su padre. Al llegar a su casa el padre la esperaba enardecido, la golpeó brutalmente y la acusó de haber ido a ver la película "para aprender a hacer cosas". No lo creo, nos dijo Silvia, yo era muy chica y el sexo en mi casa era un tema tabú; ojalá, ojalá, repitió, hubiera ido yo conscientemente ese día al cine "a aprender cosas"... pero ¿cómo no sentirse después imposibilitada de practicar "esas cosas", se preguntó y nos preguntó Silvia, cuando la represión ha sido tan brutal, tan humillante?

En épocas de represión intensa, refirió Sonia, ella y su compañero, militantes, se refugiaban en otras casas, separadamente, buscando verse, para amarse, sólo de cuando en cuando. Una vez se reunieron en casa de su madre quien sabía perfectamente de la relación porque para ese entonces Sonia y Julio ya se habían casado. Ella llegó primero, le indicó a su madre que Julio llegaría más tarde, que estaban ilusionadísimos porque tenían varios meses de no verse. Cuando Julio llegó, la madre lo mandó a dormir al cuarto de los hermanos hombres de Sonia y a ella al de sus hermanas.

Graciela se educó con su abuela quien permanentemente la prevenía del tremendo pecado que implicaba la pérdida de la virginidad, una vez perdido "su más preciado tesoro", todo estaba perdido para la mujer si no se casaba antes. A los doce años Graciela tuvo su primer enamorado, un lindo niño sonriente de su mismo grado que la seguía todos los días a la salida de la escuela, diciéndole siempre al final que quería que fueran novios. El niño era un tesoro y ella estaba encantada; Graciela empezó a dejar de gastar en caramelos y empleaba su dinero en comprar velas que le prendía a la virgen para que la vecina chismosa, que día a día se ponía frente a la puerta cuando ella venía seguida por el niño, no fuera a contárselo a su abuela. Un viernes que le había dicho al niño que el lunes le respondería; la respuesta iba a ser sí, por su-



puesto, ya que se sentía protegida por la virgen, llegó a su casa apresurada; y de inmediato supo, por la expresión de la abuela, que ésta había recibido, con toda certeza, la información puntual de la vecina. La abuela fuera de sí le advirtió que si se hacía novia del niño esas velas le serían ensartadas en los genitales "para que aprendiera". Graciela comentó su estupor de niña de que las velas pudiesen ser utilizadas para un propósito tan distinto de aquel para el que habían sido compradas.

Asociando recuerdos, Lourdes contó que su padre, cuando ella cumplió quince años, le pidió tomar una copa y romperla violentamente contra el suelo. "Eso queda de una mujer, le explicó su padre, cuando se entrega a un hombre sin haberse casado, cuando pierde su virginidad, su inocencia, su pureza." Al barrer para recoger los pedacitos de vidrio, nos dijo Lourdes, ella sintió, oscuramente, que algo también se había roto dentro de ella. Que desde entonces, sin haber perdido la virginidad, algo perdió porque empezó a vivirse como ese pequeño montón de vidriecitos rotos.

El único requisito para participar en estos talleres, expliqué antes, es ser mujer, ser mujer latinoamericana refugiada. El otro, implícito, es estar dispuesta a confiar, premisa básica para hablar y compartir recuerdos y reflexiones, traumas y resurrecciones con sus hermanas.

Palabras finales:

"La vida, decididamente, advierte Igor Caruso<sup>1</sup>, es un ser-en-el-mundo." Estas mujeres, aquí, en el exilio mexicano han asumido que este castigo impuesto por los militares de sus respectivos países, de expulsión del país y de prohibición del retorno, puede convertirse también en un paréntesis vivificante (aunque el mismo abarque varios años), en *un recodo en la ruta de la represión*<sup>2</sup> cuando ese ser-en-el-mundo implica comprender que luchar por los derechos humanos de los otros — los del propio país y los de todos los países sojuzgados de la tierra — a quien más beneficia es a quien lo practica ya que imperceptible pero firme y cotidianamente ese ser-en-el-mundo nos va transformando (casi sin darnos cuenta) en un ser-en-el-mundo cuya realidad ayudo a transformar y en esa medida me transformo.

Porque ahora les es dable comprender, como lo comprendieron las compañeras norteamericanas en sus largos años de apoyo a las luchas del pueblo vietnamita, y de Centro América ahora, que: "la guerra también llega a casa como una lección con respecto a las posibilidades infinitas de la resistencia, la transformación y la belleza humanas."<sup>3</sup>

Ellas se están transformando, y como dije antes, ellas se han puesto en marcha.<sup>4</sup>

*fem*

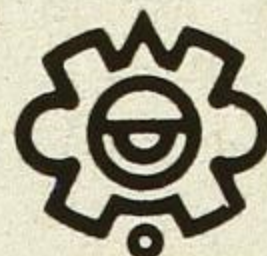
<sup>1</sup> *La separación de los amantes, una fenomenología de la muerte*, Siglo XXI Editores, 10a. edición, Traducción de Armando Suárez y Rosa Tanco, México 1982.

<sup>2</sup> Tomado del verso de Neruda "Juntos hicimos un recorrido en la ruta donde el amor pasó." *El Farewell y los sollozos*.

<sup>3</sup> Bergman, Arlene Eisen, *Las mujeres de Vietnam*, Edit. Era, serie popular No. 56, México 1977.

<sup>4</sup> Este Colectivo con el que la autora del artículo colaboró dos años y medio ha producido un diaporama (audiovisual) de 22 minutos, titulado: *Mujeres latinoamericanas refugiadas en México*; si existe interés en conocerlo, favor de comunicarse con **fem**. Una versión en inglés fue mostrada en Nairobi.

## DEPARTAMENTO DE DISTRIBUCION



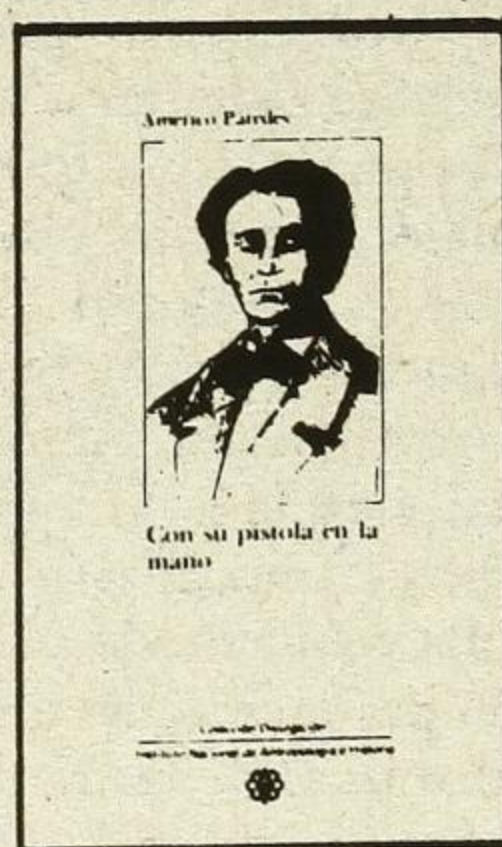
**INAH**

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Córdoba 45, Col. Roma,  
México, D.F.  
Tel. 525 0737

### Arqueología y Etnohistoria del Estado de Guerrero

Varios autores  
CO-84 \$2,800.00



### Con su pistola en la mano

Americo Paredes  
CD-11 \$1,000.00

### Conservación de Monumentos y zonas Salvador Díaz-Berrio Fernández

\$1,500.00

